



El Doctor Zhivago cumple cincuenta años

De ángeles y nieve roja

MANUEL ARIZA CANALES

“Su amor era muy grande. Todos aman sin darse cuenta de lo que hay de extraordinario en su sentimiento. En cambio, para ellos, y en esto residía lo extraordinario, los instantes en que, como un ramalazo de eternidad, sobrevénia en su condenada existencia humana el estremecimiento de la pasión constituían momentos de revelación y de nueva profundidad de sí mismos y de la vida”.

Aunque me duela y la parte más realista de mi mente dude si aún me merece, sigo enamorado de Lara. Nací romántico y platónico, ¿cómo hubiese podido evitar prendarme de un ángel? Si pudieran sentir cómo su inocente belleza les acaricia el alma, si la hubiesen visto entonces, me comprenderían, disculpando una debilidad que para mí fue fuerza, cotidiana supervivencia en unos tiempos que, como las paredes del invierno, se oscurecieron y enfriaron demasiado pronto, casi a traición: "Trabajaba apaciblemente; todo en ella era armonioso: la espontánea rapidez de sus movimientos, la estatura, la voz, los ojos grises y el color dorado de sus cabellos".

Cuando la conocí, Lara tenía dieciséis años, pero el desarrollo de su cuerpo y su inteligencia la hacían parecer mayor. Calculo que eso debió ser a finales de 1904 o comienzos del año siguiente, porque la guerra contra Japón aún no había

terminado y el dilatado y tenso ciclo revolucionario que doce años después cambiaría por completo el rostro de la Santa Madre Rusia estaba a punto de comenzar.

Moscú, música y filosofía

Pero permítanme que adopte otra perspectiva, la de la vida y la obra de mi querido amigo Borís Pasternak. Si tienen un poco de paciencia, creo que conseguiré demostrarles que él tiene mucho que ver con la historia de los amores difíciles y, en cierto modo y a su pesar, épicos de Larisa Fiódorovna y el doctor Yuri Zhivago.

Borís nació en 1890 en el seno de una familia moscovita con solera y medios. Rosa Kaufman, su madre, gozaba de una considerable reputación como pianista. Su padre, Leónid, ejercía como profesor en la Escuela de Pintura de Moscú; entre quienes fueron y serían retratados por sus pinceles puedo citar a sus amigos Tolstói y Rilke, a Lenin..., en el exilio ya, posarían para él Albert Einstein y el político Gustav Stresemann.

La conversión de su padre, desde su judaísmo original al cristianismo ortodoxo, tendría en la espiritualidad y la sensibilidad de Borís una creciente influencia. Recuerdo cuánto se alejaba a veces su mirada, como si la fijase en algo a un tiempo más inmediato y eterno que todo lo que nos rodeaba... Creo que intentó recuperar el paraíso rindiendo culto a la belleza, luego al amor, dándose al final cuenta de que sólo el sacrificio absoluto redime

absolutamente...; ¿descubriendo de esa forma la verdad, la raíz de su ser y estar en el mundo? No lo sé; sobre eso, humilde y únicamente puedo repasar lo que Borís escribió: "Veo el futuro ya tan claramente / como si Tú lo hubieras detenido".

Pero me estoy precipitando; no debo dejarme arrastrar por el confuso torrente de la memoria. Por eso estas líneas deben consignar que al principio no fue su padre, sino su madre, la gran pianista, quien pareció ganar la batalla de la iniciativa en su educación. Pasternak dedicó seis tempranos años de su vida al estudio de la teoría musical y el arte de la composición.

Si llegué a conocerle y a disfrutar de su amistad, fue precisamente porque esa vocación se quebró repentinamente y Borís se matriculó en los cursos de filosofía de la Universidad de Moscú, donde coincidimos.

Nuestra afición por la poesía nos llevó a editar una pequeña revista que apenas se sufragaba con los ejemplares que conseguíamos vender entre nuestros familiares, amigos y camaradas de la facultad. Sin embargo, tuvo cierta repercusión, que pudimos comprobar cuando un joven médico nos hizo llegar algunos de sus poemas; no era otro sino Yuri Zhivago; y, desde luego, tenía talento y una sensibilidad genuinamente romántica, moderna sin renunciar ni a los aromas ni a los sabores de la tradición rusa; un tanto altisonante, tal vez. Los publicamos y así Zhivago entró en nuestras vidas y nosotros tuvimos conocimiento de la suya.

El desahogo económico y los contactos de la familia de Borís le permitieron completar su estudios en Alemania. En la universidad de Marburgo recibió clases de lo más florido de su escuela neokantiana. El

profesor Hermann Cohen debió explicarle que, aunque en el fondo, la ética humana y la sensibilidad religiosa brotan de una misma raíz, en la forma lógica y superficial resultan difíciles de conjugar. Y Nicolai Hartmann intentó demostrarle que el conocimiento humano carece de capacidad suficiente como para penetrar hasta el fondo último del ser, pues en sí mismo sólo constituye un fragmento de la realidad; esa imposibilidad de certeza, sin embargo, no disculpa una ética acomodaticia e indiferente, ayuna de compromiso.

Borís comulgó siempre con este estilo de dignidad humana; aunque, al final dio el gran salto y fue mucho más allá: "¡Qué esencialidad, qué igualdad entre Dios y la vida!".

Vete al infierno, Rasputín

Borís regresó a Moscú en el invierno de 1913-14; en el verano siguiente comenzó la hecatombe, la riada de sangre y barro que arrastraría consigo miles de vidas inocentes, al tiempo que defenestraba al imbécil de Nicolás II y envenenaba al diabólico Rasputín.

Para entonces Lara ya había huido de la relación de fuerza y ambigua sumisión que había mantenido con el amante de su madre, el inteligente, oportunista e inmoral Komarovski. "Sin embargo, continuaba siendo la colegiala adolescente embutida en su uniforme oscuro, partícipe secreta de inocentes conjuras y travesuras escolares. (...) ¿En nombre de qué la obliga a ceder, y ella se rinde, secunda sus deseos, lo deleita con el estremecimiento de su deshonra desnuda? ¿En nombre de su edad, de la dependencia económica de su

madre, o intimidándola hábilmente?

No, no y no. Todo es absurdo".

Sobre este episodio, en el que la edad y la posición social abusan de la inocencia y la pobreza, se funda el resto de la novela; como si fuese una pequeña, monumental y afligida metáfora de las jerarquías que, cada vez más insoportablemente, esclavizaban al pueblo ruso.

De hecho, el futuro marido de Lara, Pasha Antípov, justificará a partir de él su transformación en sanguinario líder revolucionario: "Por esa muchacha yo fui a la universidad, por ella me hice profesor (...) y adquirí una infinidad de conocimientos, todo para serle útil a ella, para estar preparado si ella tenía necesidad de mi ayuda.

Fui a la guerra para conquistarla de nuevo (...) y después (...), con un nombre falso, intervine en la revolución para hacer pagar todo lo que ella había sufrido, para cancelar toda huella de sus tristes recuerdos, para que ya no fuese posible volver al pasado (...)."

Pese a todos sus esfuerzos, pese a setenta años de historia, Komarovski volverá con el desencanto, como han vuelto ellos, los de siempre, como las adolescentes han vuelto a pasearse por las calles de Moscú, condenadas a la prostitución después de haber perdido a un padre, un hermano o un novio, asfixiado en un submarino nuclear incapaz de emerger, de regresar a la superficie, a buen puerto, a casa...

De noche llaman a la puerta

¿No es lamentable que el precio de la igualdad sea el sacrificio de la libertad? Seamos realistas; el ser

humano no es lo bastante generoso como para adaptarse a una filosofía tan idealista, tan poco materialista, tan ajena a la historia, tan noble e ilusa como el marxismo.

¿Debo confesarles que la Revolución, que con tanta esperanza habíamos recibido, nos decepcionó a Borís, a mí y a otros muchos intelectuales, a legiones de mudos forzosos, de exiliados en el interior del alma o lo más profundo e inclemente de la geografía rusa? Nuestra vida no tardó en estar marcada por el miedo y la inseguridad. Siempre como funámbulos sobre la delgada y peligrosa línea entre la sumisión a los dictados del omnipresente Estado y la fidelidad a nuestra propia conciencia literaria y moral. No era fácil seguir aspirando a la autenticidad del arte en un mundo donde el arte sólo existía para servir a la Revolución.

Quienes publicábamos artículos, poemas, novelas asumíamos un riesgo considerable, pues el más nimio indicio de disidencia podía acarrear el arresto o la deportación. El célebre compositor Dmitri Shostakovich mal dormía con la maleta hecha por si acaso esa noche se producía la temida llamada en su puerta. Borís me confesaba valientemente en una carta: "Por supuesto que estoy preparado para cualquier cosa. Si le está ocurriendo a los demás, ¿cómo y por qué habría de librarme yo?".

Nunca llegué a comprender la obstinación de Borís por permanecer en Rusia; él, que tuvo sobradas oportunidades de compartir el exilio dorado que sus padres y sus hermanas disfrutaban en Alemania. No, no termino de entenderlo; su familia y su educación habían sido cosmopolitas; no como yo, hijo de campesinos a los que solo el expeditivo sadismo de asesinos a

sueldo disfrazados de soldados consiguió arrancar de su terruño y de la vida. ¡Bendito Stalin, padrecito, muerto y bien muerto!

Redundando en la idea anterior, presento como prueba el hecho de que cuando Borís no pudo ya ganarse del todo el sustento como poeta lo hizo como traductor. Verlaine, Goethe, Schiller, Kleist, Shelley o Shakespeare rescribieron su obra en ruso, sin perder ni un ápice de su genialidad, gracias a él, a su pluma prodigiosa, a su conocimiento de las lenguas y la cultura de la Europa allende el Telón de Acero.

Nosotros respiramos y amamos

Mientras tanto ya había comenzado el largo proceso de redacción de *Doctor Zhivago*; probablemente más de once años para contar la historia de unos amores difíciles, tan a contracorriente como los de Abelardo y Eloísa, Romeo y Julieta, Renzo y Lucía o la pareja de la conmovedora *Breve encuentro*, pequeña obra maestra del cineasta David Lean, quien, como es bien sabido, llevaría también la historia de Yuri y Lara a la gran pantalla; en 1965. En Rusia hubimos de esperar hasta un poco más allá de Gorbachov para poder leer o ver esta historia, convertida en un clásico en el resto del mundo desde el mismo momento en que la editorial italiana Feltrinelli la publicó por primera vez en 1957. Mario Vargas Llosa, tan atinado como casi siempre en sus apreciaciones literarias, expone que "(...) es una

hermosa creación, nacida del horror y la grandeza de un Apocalipsis histórico, que no se explicaría sin él, pero que, a la vez, escapa de él y lo niega, anteponiéndole algo distinto, un objeto creado que debe todo su ser a la imaginación, al sufrimiento de un artista y a su malabarismo retórico".

Más contundente en su alabanza es Isaiah Berlin: "Una de las raras obras que describen el amor de una forma tan auténtica como pocos escritores han sabido hacer".

No se había escrito nada tan grandioso e íntimo desde que Tolstói concibiese *Guerra y Paz*. Pasternak era un gran poeta, pero fue su tardía y portentosa incorporación a la narrativa la que le valió el Premio Nobel de 1958: un premio que su hijo recogió treinta años después. Les explico:

El 25 de octubre, dos días después de conocer la feliz noticia, Borís dirigió este entusiasmado y modesto telegrama a la Academia Sueca: "Inmensamente agradecido, conmovido, orgulloso, sorprendido, pudoroso". Sin embargo, cuatro días después llegó a Estocolmo otro telegrama suyo: "Considerando la interpretación que la sociedad a la que pertenezco ha dado a este galardón, me veo forzado a renunciar al inmerecido premio que se me ha concedido. Les ruego que no reciban esta voluntaria decisión como una descortés arrogancia". Leyendo entre líneas el segundo mensaje, parece claro que si Pasternak hubiese viajado a Suecia para recoger su Nobel de literatura, jamás se le hubiese permitido regresar a Rusia; y que estaba viejo, enfermo y cansado. "Abandonar mi patria sería como la muerte para mí.

Mi nacimiento, mi vida y mi obra me atan a ella".

En una viñeta cómica que circuló por los periódicos occidentales se podía ver a Pasternak cortando árboles en Siberia y formulándole la siguiente pregunta a un compañero de tribulaciones: "Yo he ganado el premio Nobel de literatura. ¿Cuál ha sido su delito, camarada?".

Aislado, más interiormente exiliado que nunca, convertido en otro absurdo episodio de la Guerra Fría, Borís murió dos años después. Era primavera.

A mí, querido amigo, tampoco me interesan las personas que no han tenido una vida dura; su alma carece de profundidad y sus sentidos no han sido purificados por el dolor y la adversidad; son incapaces de percibir y celebrar toda la belleza del mundo.